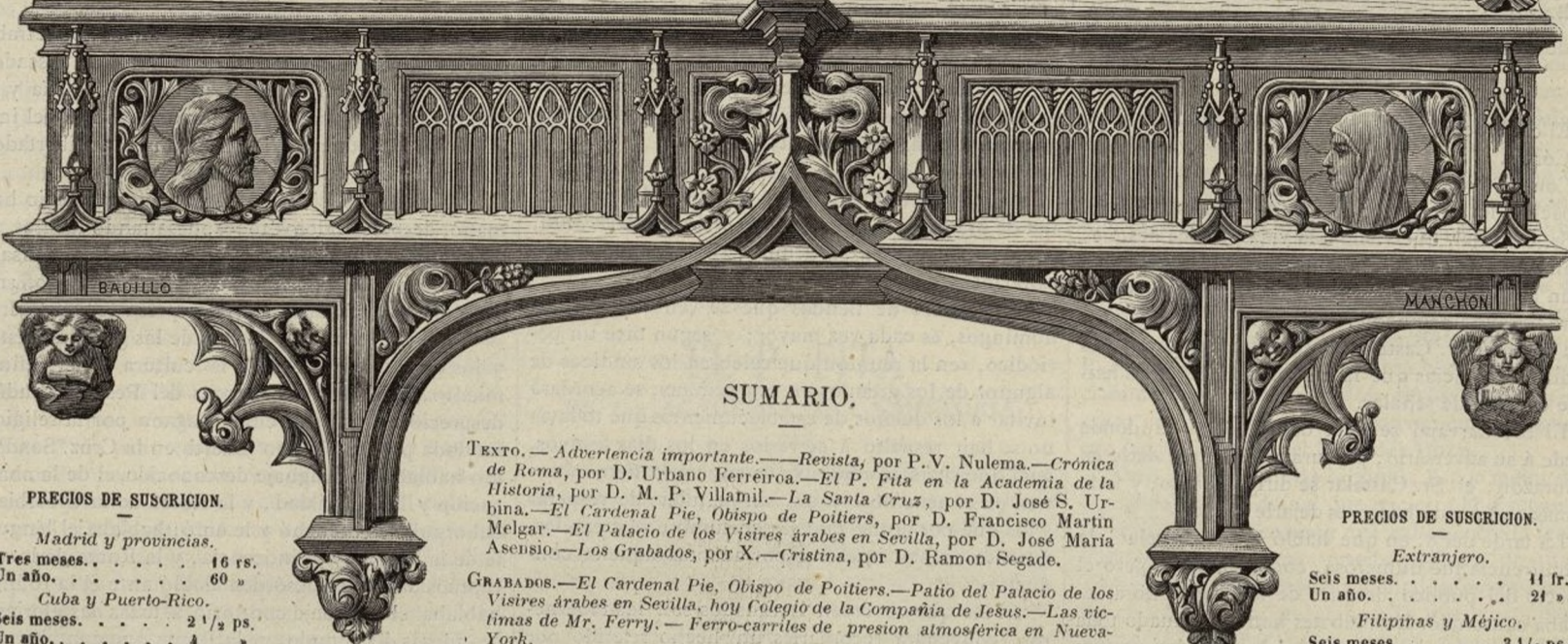


La Ilustración Católica



SUMARIO.

TEXTO.— *Advertencia importante.*—Revista, por P. V. Nulema.—*Crónica de Roma*, por D. Urbano Ferreira.—*El P. Fita en la Academia de la Historia*, por D. M. P. Villamil.—*La Santa Cruz*, por D. José S. Urbina.—*El Cardenal Pie, Obispo de Poitiers*, por D. Francisco Martín Melgar.—*El Palacio de los Visires árabes en Sevilla*, por D. José María Asensio.—*Los Grabados*, por X.—*Cristina*, por D. Ramón Segade.

GRABADOS.—*El Cardenal Pie, Obispo de Poitiers.*—*Patio del Palacio de los Visires árabes en Sevilla*, hoy Colegio de la Compañía de Jesús.—*Las víctimas de Mr. Ferry.*—*Ferrocarriles de presión atmosférica en Nueva York.*

PRECIOS DE SUSCRICION.

Madrid y provincias.
Tres meses. 16 rs.
Un año. 60 »
Cuba y Puerto-Rico.
Seis meses. 2 1/2 ps.
Un año. 4 »

PRECIOS DE SUSCRICION.

Extranjero.
Seis meses. 11 fr.
Un año. 21 »
Filipinas y Méjico.
Seis meses. 3 1/2 ps.
Un año. 6 »

DIRECTOR: D. MANUEL PÉREZ VILLAMIL.

Madrid 14 de Julio de 1879.

ADMINISTRACION: JESUS DEL VALLE, 23 Y 25, PRINCIPAL.

Epoca 2.ª—Año III.—Tomo III



BIBLIOTECA MUNICIPAL MADRID

NÚMERO 2.º

Numero suelto, real y medio.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

El favor creciente con que nos honran los católicos españoles, nos obliga cada día más á corresponder con nuevas mejoras en el periódico. Algunos suscritores, interesados vivamente en la prosperidad de LA ILUSTRACION CATÓLICA, nos indican que aumentemos las páginas para que pueda ser más abundante y variada su lectura.

Nuestro deseo de crecer en texto y en grabados no puede ser mayor; pero dado el precio de la suscripción, que en manera ninguna queremos alterar, pues desgraciadamente los católicos en España no són los más poderosos ni ricos, aumentar las páginas es difícil, si no imposible por ahora, en que el número de suscripciones no basta á cubrir los enormes gastos de la publicación.

Para que la Revista pueda aumentarse, es preciso que la suscripción sea más numerosa, y, siguiendo como ahora, creemos que no se tardarán muchos meses en que podamos hacerlo. Entre tanto, iremos mejorando la calidad, para que LA ILUSTRACION CATÓLICA

se recomiende por sus excelentes escritos y por sus buenos grabados.

De nuevo protestamos que la actual empresa de LA ILUSTRACION no se propone lucrar con ella;

sino contribuir, en cuanto pueda, á aclimatar en España una obra que los hábitos modernos han hecho necesaria.

Con estas miras, creemos que no dejarán de prestarnos su ayuda todos los católicos.



EL CARDENAL PIE, OBISPO DE POITIERS.

REVISTA.

El calor está á la órden del día. Sin que una ligera nube empañe la claridad del cielo, sin que una gota de agua quite el polvo á los tejados, sin que un saludo del Guadarrama venga á refrescar la atmósfera, van sucediéndose los días de Julio como una tanda de baños termales.

No lo hemos visto, pero estamos seguros de que el pobre Manzanares no tendrá ya ni lágrimas en sus ojos; tanta será la angustia que le causará el ver los rigores del sol ensañarse en los madrileños como un perro hambriento en un barril de sardinas.

En cambio el Lozoya sigue saltando como loco sobre las bombas de riego, y corriendo como alma que lleva el diablo por los caños de las fuentes, diciendo al público madrileño: «Esta es la mía.»

A pesar de todo, la emigración veraniega va despacio: las gentes andan reacias en salir de Madrid, y se defienden del calor como pueden, ántes de huir como cobardes.

Las empresas de ferro-carriles, que si pudieran subvencionarian al sol para que apretase las clavijas, han poblado ya las calles de carteles anunciando rebajas de precios para ir á las playas del Norte y Mediodía. Los trenes baratos han comenzado sus viajes; pero *todavía*, segun dicen, se puede ir en ellos. ¡Ay del momento en que toquen á rebato! ¿Quién se atreverá á viajar empaquetado en un tren de *recreo*, sin dejar ántes en Madrid otorgado su testamento?

El calor de la estacion se deja tambien sentir en las Córtes.

Con motivo de la discusion del Mensaje, se están despachando á su gusto los oradores del Congreso. El Sr. Carvajal, que viene á la vida pública despues de un eclipse de cinco años, ha procurado resarcirse de un mutismo tan largo, sacudiendo palos de ciego sobre todo lo imaginable. El Sr. Carvajal es posibilista como el Sr. Castelar; pero entre ambos colegas median diferencias que la campanilla del Presidente se encarga de señalar.

El Sr. Carvajal se deja de floreos y dá donde puede á su adversario, procurando siempre darle en el corazon; el Sr. Castelar se dirige al oido, y todo lo más que puede hacer, es dejarle sordo.

La tarde del 8, en que habló el Sr. Castelar, la concurrencia fué numerosa, como siempre; pero el aspecto del público despues de la primer hora revelaba cansancio. Los debates han continuado toda la semana muy concurridos á pesar del calor, porque se discutan asuntos meramente políticos.

Otra cosa sucederia si se hubiera tratado de presupuestos.

Recorriendo los sucesos de la semana, fuerza es entrar un momento en los jardines del Buen Retiro.

Ofrecimos tomar al vuelo algun diálogo del público, y ya podemos cumplir la promesa con verdaderos hechos históricos.

Cuando más desafortado estaba el Sr. Breton agitando la batuta, oimos la otra noche á un jóven elegante que preguntaba á una señorita:

—Luisa, ¿le gusta á usted el aire que lleva este pasaje?

—No señor, porque este sitio es tan malo, que el aire frio y húmedo puede constiparme.

Lo cual nos recordó otro hecho parecido que se cuenta de un erudito á la violeta, que viendo un cuadro de San Ildefonso donde suele representarse una mujer alumbrando con una vela, segun refiere la tradicion que sucedió al imponerle la Virgen al Santo la casulla sacerdotal, como oyese ponderar en el cuadro la viveza de la luz, preguntó: ¿díganme ustedes, la vela alumbraba de noche como de día?

Oimos tambien á una señora de años preguntar á un caballero: ¿sabe usted si el director es andaluz?

—No señora, replicó el interpelado, he oido decir que es *breton*.

Pero el rasgo que mejor pinta la importancia artística de la fiesta, es el siguiente:

Una jóven, que por la atencion que ponía á la orquesta, debía ser muy filarmónica, se volvió de pronto á las amigas que la acompañaban, muy entretenidas en conversar, y les dijo: ¡Qué música tan rara; parece que está compuesta para contrabajos y bombos!

—¿Por qué dices eso, Isabel? exclamaron las amigas á una voz.

—¿Pues no estais oyendo? Ni violines, ni flautas, nada se oye, como no sean los bombos y contrabajos que aturden los oidos.

—Estarán tocando música *del porvenir*...

—Nada de eso, señoras, exclamó un caballero; es que están pasando junto á la reja los ómnibus de las Ventas.

De donde resulta que la música del Retiro es siempre, y á pesar de sus autores, música *del porvenir*.

Otro de los espectáculos que en estos momentos llaman la atencion de los madrileños, es el hombre-muralla.

No lo hemos visto, porque no creemos ni lícito, ni posible, andar de teatro en teatro buscando novedades. Por lo que hemos oido, la habilidad del hércules no es pequeña; espera frente á frente el disparo de un cañon, y al salir la bala la recoge con las manos.

La bala pesa dos arrobas, y la fuerza de proyeccion es bastante para traspasar una valla de madera. Segun parece, el gimnasta ha calculado matemáticamente el punto de declinacion de la parábola que traza el proyectil, y le sale al encuentro como un niño goloso al del bollo con que le obsequia su madre.

Cada año nos sorprenden los empresarios de teatros con nuevos fenómenos, lo cual prueba que el arte verdaderamente dramático ha entrado en el último período de su decadencia, convirtiéndose en exhibicion de cosas raras ó de cosas feas, pasto adecuado á sociedades de *decrépitas*.

La elocuente Conferencia del Sr. Obispo auxiliar de Madrid en el *Círculo de la Union Mercantil*, de que hablamos á su tiempo, sigue dando frutos saludables.

El número de tiendas que se ven cerradas los domingos, es cada vez mayor; y segun dice un periódico, «en la reunion que celebren los sindicados algunos de los gremios en esta semana, se acordará invitar á los dueños de establecimientos que todavía no se han resuelto á cerrarlos en los días festivos, para que sigan la conducta de sus compañeros y entren en el acuerdo comun, sin perjuicio de respetar á los que por la fuerza de la costumbre se crean lastimados en sus intereses por adoptar aquella conducta.»

Si los que se creen lastimados son los taberneros, convendrá recordarles un hecho referido por varios periódicos, y es el siguiente:

«El viernes último estuvieron cerrados todos los establecimientos de bebidas en Málaga, haciendo notar un colega que en aquel día no ingresó ni un sólo detenido en la cárcel de dicha ciudad.»

Entre los taberneros y el orden social, la eleccion no es dudosa.

En estos últimos días se han descubierto nuevas falsificaciones de documentos de crédito. Las autoridades persiguen á los estafadores, pero entre tanto los estafadores persiguen el bolsillo de los inocentes.

Tenemos moneda falsa, billetes de Banco falsos, facturas de cupones falsas, letras de cambio falsas: de modo que nuestros bolsillos están envueltos en una red de falsificaciones. Verdad es que la Administracion pública y los establecimientos de crédito procuran informar á los particulares de las señales y circunstancias de los documentos falsificados; pero ¿habremos de ir siempre provistos de la piedra de toque para que no nos la peguen?

Tal se van poniendo las cosas, por efecto de los progresos de la época, que hasta el aire que respiramos, como dijo el inolvidable Aparisi, teme uno que esté falsificado.

Ya lo hemos dicho en otra ocasion, pero no nos cansaremos de repetirlo: si se falsifica la santa Verdad, ¿qué extraño es que se falsifiquen los documentos de crédito? El mismo crédito, segun lo entienden los economistas modernos, ¿no es á su vez una falsificacion de la riqueza?

Cuando se deshacen los cimientos de un edificio, todo se vuelve quiebras.

Aunque no pisamos el Ateneo, porque la atmósfera de impiedad y de pedantería que allí se respira es insoportable, sabemos que los ateneístas fulminantes han censurado mucho el discurso del Sr. Saavedra en contestacion al P. Fita.

¿Cómo, dicen ellos, ha podido atreverse el Señor Saavedra, sócio de la institucion libre de enseñanza, á celebrar á un jesuita y á dedicar frases laudatorias á la Compañía de Jesus?

El Sr. Saavedra, que es gran arabista, podia contestarles con este apólogo oriental:

—¿Eres ámbar? preguntó un viajero á un canto que recogió del suelo y lo halló muy odorífero.

—No, dijo la piedrecilla, no soy más que tierra, pero he habitado algun tiempo con la rosa.

En efecto, el libre pensador Sr. Saavedra, segun le llaman los que se dicen sus amigos, ha estampado en su discurso estas nobles frases: «Difícilmente me diera la Academia más grato encargo que el de recibir en este día, y dar la bienvenida en su nombre, al R. P. Fidel Fita, de la Compañía de Jesus. Esta solemnidad es para nosotros dos como la consagracion, ante el ara de las nobles musas de la Historia, de antigua y constante confraternidad literaria, na-

cida junto al Bernesga, á la sombra de las gallardas ojivas de San Marcos de Leon.»

V. P. NULEMA.

CRONICA DE ROMA. (1)

Allá por el año 42 de la Era cristiana, penetraba en Roma, capital del mundo, un humilde pescador de Galilea con objeto de destruir la idolatría y la supersticion, y fundar en el mismo centro del imperio más despótico de la tierra, un poder libertador por excelencia.

Sin soldados, sin dinero, sin ningun medio humano, despreciándolos todos, desafiando las iras de los Césares, ofreciendo la muerte por recompensa y por estímulo el *desprecio del género humano*, ¿no parecia loca y descabellada la empresa de San Pedro?

Y, sin embargo, la Roma de las grandes fiestas y los grandes artistas, de la cultura y del refinamiento, siguió las enseñanzas del Pescador judío; despreció el fastuoso culto pagano por la religion fundada por un Hebreo muerto en la Cruz. San Pedro hablaba un lenguaje desconocido, el de la abnegacion y la humildad, y la Roma de la soberbia y del orgullo le escuchó y le amó; hablaba el lenguaje de la pureza y la inocencia, y la Roma de la voluptuosidad y el desorden dobló ante él la rodilla; hablaba el lenguaje contrario á todas las glorias y grandezas del mundo, y la Roma que contaba más reyes entre sus súbditos que otras naciones cuentan provincias, siguió sus huellas.

¿Cómo imaginar despues de tan maravillosa transformacion, el triste espectáculo dado ayer por gentes que todavía se llaman cristianas?

En esta Roma, ciudad santa, centro del catolicismo, donde se halla establecida la cátedra de San Pedro, los diputados de Montecitorio celebraron ayer domingo, fiesta del Príncipe de los Apóstoles, dos sesiones, una por la mañana y otra por la tarde. Y en varios puntos de la ciudad se veia trabajar como todos los días en las obras del Estado.

Claro está que los que tienen en una prision al actual Vicario de Jesucristo, no pueden tener inconveniente en insultar la memoria de San Pedro, y aun acaso no dudarian en crucificarle si viviera, como hicieron los paganos; pero siquiera por pudor debieran abstenerse de ciertos hechos.

El árbol de la impiedad no puede menos de producir sus naturales frutos, la disolucion de costumbres, el aumento de los crímenes, el envilecimiento universal.

Además de esto conduce muchas veces inevitablemente al ridículo, como que el demonio, inspirador de la impiedad, es la mona de Dios, y una mona no puede olvidar sus ridículos gestos y contracciones.

Compárense todas las ceremonias de la impiedad, desde el frio y absurdo culto protestante y los convulsionarios y milagrosos jansenitas, hasta la apoteosis de una desgraciada con el título de diosa de la Razon, y las necias extravagancias del falansterio y del sansimonismo, y se verá la distancia que media entre Dios y la mona.

Ignorantes de esto los italianísimos, y no contentos con tener entierros civiles y matrimonio civil, han dado en la manía de celebrar bautismos civiles.

El procedimiento es como sigue:

Se reúnen unos cuantos amigos en casa del padre del recién nacido, se prepara un banquete más ó menos suculento, segun los medios de que puede disponer el anfitrión, le escogen un padrino y una madrina á propósito, y á los postres, en medio de alegres carcajadas, se presenta al niño en la mesa del banquete, y se le pone el nombre de Lucifer, Revolucion ó Garibaldi. Y queda bautizado el recién nacido.

Hay que convenir en que aquí la mona está por completo en su elemento.

¡Oh santa religion católica que al nacer el hombre le recibes en tus brazos, y en tus brazos le llevas tambien al sepulcro; que en las circunstancias más solemnes de la vida le acompañas: ora le consueles con tus plegarias, ó le regocijes con tus cánticos, bendita seas! Con tus graves, majestuosas y subli-

(1) Recibida con retraso.

mes ceremonias, elevas el alma al cielo y muestras tu origen divino.

El mes de Junio del presente año de gracia puede señalarse en Italia con piedra negra. Rios y torrentes desbordados, terremotos y erupciones devastaron y arruinaron una parte de Italia, reduciendo á sus habitantes á la miseria.

Miseria tanto más horrible cuanto era inesperada y repentina. Y hé aquí cómo procuran remediarla los liberales.

¡La Cámara de Montecitorio votó nada ménos que la cantidad de 300,000 liras! para socorrer á las innumerables víctimas de las inundaciones, los terremotos y la erupcion del Etna.

En cambio no teme en gastar millones en frustrerías, y ha regalado no sé cuantos á Garibaldi no há mucho.

Verdad es que acaso les hayan parecido frustrerías á los señores de Montecitorio pueblos enteros inundados, en los que las gentes se subían sobre las cumbres más altas como en tiempo del diluvio, familias errantes vagando por los campos sin abrigo y sin pan, cadáveres de hombres y mujeres arrastrados por las aguas, rios de lava cayendo sobre pueblos y sobre sembrados como fuego del cielo.

¡Oh! ¿Quién sabe? Acaso todas estas desgracias que coinciden en Italia con terribles inundaciones de plagas mortales, hayan parecido á los señores legisladores un insulto á la obra de la revolucion, y no pudiendo castigar á las turbulentas aguas del Pó, ni al Etna, siempre inquieto y revoltoso, hayan querido vengarse en los infelices habitantes de las regiones aisladas.

Lo cual, despues de todo, no debe causar maravilla por absurdísimo que parezca.

La lógica liberal corre parejas con la caridad idem, ó sea con la filantropía.

Entre los trabajos leídos este mes en las Academias católicas de Roma, merecen especial mención el del P. Jerónimo Pio Saccheri, dominico, secretario de la Congregacion del Índice, sobre la *Civilización católica* segun Balmes y el Cardenal Pecci, ahora Leon XIII.

Empezó el P. Saccheri notando las evoluciones del protestantismo, que primero impugnó los principios católicos con los oráculos de la Biblia, despues con la dialéctica de los enciclopedistas, y ahora echa en cara á la Iglesia haber tenido los pueblos en el atraso y la ignorancia. De lo cual se deduce la necesidad en que se hallaron los apologistas católicos de seguir al adversario en el campo por él elegido, y así lo comprendieron entre otros Balmes y el cardenal Pecci, ahora Leon XIII, defendiendo á la Iglesia desde el punto de vista de la civilización, y probando que aquella promovió en la familia, en el individuo y en el Estado todo género de bienes.

El orador se extendió en largas consideraciones sobre el mérito de cada uno de ambos apologistas, y concluyó diciendo:

«Balmes será siempre reconocido de los doctos como el Bossuet español y el príncipe de los apologistas católicos en el siglo XIX. Del cardenal Joaquín Pecci no puede decirse otro tanto, no por falta de genio y de doctrina, sino por la brevedad de sus trabajos; pero estos tienen tal mérito intrínseco, que así como á su aparición suministraron materia á altísimas alabanzas, así al mismo tiempo habrían podido dar motivo á una voz profética con estas dos palabras: *ex ungue Leonem.*» ¡Aun en este siglo las verdaderas glorias de España son católicas!

He dicho más arriba el modo con que celebraron la fiesta de San Pedro los italianísimos.

Sería injusto no mencionar que los católicos la celebraron con la pompa y solemnidad compatibles con el actual orden de cosas.

El católico pueblo de Roma ha corrido en masa dicho día á San Pedro, y asistido á todas las funciones religiosas con fervor edificante.

La Misa de Pontifical fué celebrada por el cardenal Borromeo, Arcipreste de la patriarcal Basílica Vaticana.

La música, dirigida por el maestro Meluzzi, director de la capilla Giulia, fué como se oye solamente en las basílicas de Roma, grandiosa, sublime y magistralmente ejecutada.

Lo mismo la víspera que el día de San Pedro por la noche, los católicos iluminaron sus casas.

A pesar del calor sofocante de estos días y de la proximidad de la época de la *malaria*, que alejan de Roma á una buena parte de sus habitantes, los señores diputados continúan en Montecitorio trabajando por la felicidad del país, ó sea procurando encontrar el mejor modo posible de gravar á los contribuyentes con nuevos impuestos, de aumentar enormemente todos los gastos, y por último de derribar al ministerio Depretis.

No sé si conseguirán esto último (1). Lo primero y lo segundo ya lo han conseguido con creces y continuarán consiguiéndolo.

URBANO FERREIROA.

Roma 30 de Junio.

EL P. FITA

EN LA ACADEMIA DE LA HISTORIA.

La entrada de este sábio jesuita en la Academia de la Historia, ha sido, á todas luces, un suceso de primer orden, que ha reverdecido los laureles, algun tanto amortiguados, de tan ilustre corporacion. El docto hijo de San Ignacio ha entrado en la Academia con el pasaporte de su talento y de su saber; pasaporte no reconocido por los cónsules que tiene en la Academia el racionalismo moderno, los cuales se negaron, para descrédito suyo, á refrendarlo; pero reconocido por todos los hombres de buena voluntad, amantes del saber y de las glorias científicas de España.

Entre ellas figura con pleno derecho el R. P. Fidel Fita, «uno de los más sábios anticuarios que ahora posee España,» segun acaba de decir el Instituto Arqueológico del Imperio Germánico. Afiliado desde niño á la ilustre falange de San Ignacio, dotado de entendimiento clarísimo, de vasta memoria, de imaginacion fecunda, de voluntad firme y enérgica, pudo, á la sombra de esa bandera civilizadora, cultivar con esmero sus grandes facultades, y alcanzar en pocos años frutos que son maravilla en cabezas que peinan canas.

Despues de hacer los estudios de la Compañía, fué dedicado á la enseñanza, en la cual ha pasado muchos años explicando teología y lenguas orientales. Y como los jesuitas saben aprovechar todos los minutos del día, y viven con método y disciplina admirables, ni las tareas del profesorado, ni el ejercicio del ministerio sacerdotal, han impedido al P. Fita cultivar los estudios arqueológicos con asiduidad y entusiasmo, de que nos dá muestras en todas sus obras.

La que acaba de publicar con motivo de su recepcion en la Academia, bastaria para levantarle sobre pedestal muy alto, como literato insigne, historiador concienzudo, filólogo profundísimo y sábio de todas veras. El discurso lleva este título: *El Gerundense y la España primitiva*. El P. Fita se propuso en su trabajo «honrar la memoria del Cardenal Obispo de Geroná, D. Juan Margarit, figura grande como prelado y repúblico, y no ménos como diligente y profundo investigador de la España primitiva.» Y en efecto, el sábio jesuita traza á grandes rasgos y con singular maestría la historia del insigne Prelado, sondea en especial su teoría sobre los celtas é iberos que vinieron á poblar nuestra Península, y á la luz de los adelantos modernos sienta con luminosa erudicion algunos principios, que corroborando el pensamiento de aquel eminente escritor, pueden hacernos adelantar mucho en la senda que conduce á nuevas y dilatadas conquistas filológicas y etnográficas.

Nuestros lectores comprenderán que es imposible, totalmente imposible encerrar en un artículo todo ni la mayor parte de lo que encierra el discurso del P. Fita, cuajado de erudicion histórica y filológica. Con decir que forma un volumen de noventa y cuatro páginas en folio menor, que le acompaña por apéndice la obra inédita de Margarit *Templum domini*, se comprenderá que el trabajo del insigne jesuita es, más que un discurso, un monumento de erudicion y de crítica, que, como fuente caudalosa,

(1) El telégrafo nos ha comunicado ya la caída del famoso Depretis, que será reemplazado por el ciudadano Cairoli.

puede servir para apagar la sed de los estudiosos investigadores de las antigüedades patrias.

Pasando las hojas de este discurso, acabamos de reparar en un dato histórico que puede servir de muestra de lo que afirmamos. El orientalista holandés Dozy, tan amante de los moros como enemigo de los cristianos, reseñó en su obra *Investigaciones sobre la historia y la literatura de España en la Edad Media*, las correrías de los normandos por España en el siglo IX, tomando sus noticias de las crónicas árabes, y acusando á los historiadores cristianos de no haber parado mientes en un hecho de tamaña importancia.

La acusacion de Dozy no habia tenido aun contestacion. El P. Fita, despues de leer con esmero todas las crónicas, fatigado de no hallar rastro de este hecho, acudió al códice in folio del siglo XIII, de la Crónica del Rey Sábido que guarda la Real Academia de la Historia, y allí encontró las correrías de los *almujuces* perfectamente narradas. El P. Fita demuestra que la palabra *almujuces* designa claramente á los normandos, cuyas correrías, descritas por Don Alonso X, convienen exactamente con las referidas por el holandés Dozy.

Pero el estudio más original, ó por mejor decir completamente original que encierra el discurso, es el relativo al parentesco que existe entre la lengua euscara y la georgiana, prueba evidente de que los vascongados son iberos occidentales, como son iberos orientales los georgianos; lo que corrobora las afirmaciones de los autores latinos, griegos y persas. «La consecuencia definitiva y capital del discurso del P. Fita, dijo al contestarle el docto Sr. Saavedra, ha sido dar abolengo conocido, con ejecutoria justificada, á la poblacion primitiva que las historias conceden á España. Los iberos, antiquísima rama desgajada del tronco ario, vinieron á establecerse en las márgenes del Kur, y en gran parte se trasladaron despues á las del Ebro: mucho más tarde penetraron en nuestro territorio los celtas, divididos en dos grandes irrupciones, empujando la última y más numerosa á la primera, hasta tocar en las playas del Atlántico, sobre cuyas ondas fueron algunas tribus á buscar asilo, primero en las márgenes del Sabrina y despues en la verde Erin. Guardaron los iberos su libertad entre el Alto Pirineo y el rio á quien dieron nombre; y si es cierto que con ellos se mezclaron los celtas en el centro de la Península, no fué sino imponiéndoles lengua y costumbres.»

Estas palabras tomadas del discurso del Sr. Saavedra, nos ponen en camino de decir que este ilustre ingeniero, incansable investigador de nuestras antigüedades, dió el día 6 en la Academia prueba nobilísima de su gran carácter, pues habiendo figurado hasta ahora en el campo racionalista—sin que él lo fuese mucho—aprovechó la ocasion que se le presentaba para ensalzar al P. Fita en su doble carácter de sábio y de jesuita. El Sr. Saavedra, como hombre de mérito, no debía pagar y no pagó tributo á la ruin populacheria de los tribunos de la plebe; ántes al contrario, rindió homenaje de admiracion y de entusiasmo al «sacerdote ejemplar,» hijo dignísimo «del generoso defensor de Pamplona.»

No terminaremos estas líneas sin decir que por ausencia del Sr. Gayangos presidió la junta del 6 el Excmo. Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra, nuestro queridísimo amigo, que tantas veces honra LA ILUSTRACION CATOLICA con su firma, y al cual cabe tanta gloria en haber contribuido á sacar de la oscuridad de su modestia al docto P. Fita, unido por fraternal cariño, que acrisola el mútuo saber, con el insigne granadino, una de las más legítimas glorias que hoy tienen las letras españolas.

Para concluir añadiremos que el P. Fita favorecerá pronto á LA ILUSTRACION CATOLICA con alguno de sus escritos.

M. PEREZ VILLAMIL.

LA SANTA CRUZ. (1)

In hoc signo vinces.

De tu favor escuda con el manto
Mi débil voz, indigna del atleta;
Si no alcanza á expresar tu fervor santo,

(1) Esta poesia fué escrita por su autor para la Academia de la Juventud católica de Sevilla, donde se leyó, con gran aplauso, hace dos años.

Sevilla, al ménos sabes que el poeta
Nunca prostituyó su noble canto;
Que verdad, como el mártir y el profeta,
Dijo ante el pueblo airado y clamoroso
Y ante el príncipe altivo y poderoso.

Y hoy como ayer el bardo peregrino
Lanza su voz al pueblo congregado
Y canta, que cantar es su destino,
Para evocar las glorias del pasado,
Para mostrar las sirtes del camino;
Que al lidiar por tu fé, pueblo esforzado,
Aunque humilde en la lid, siempre le han visto
Por enseña llevar la Cruz de Cristo.

Un tiempo de tristísima memoria,
Turbas cegadas por sangriento velo,
Que olvidaron la prez de nuestra historia,
Lanzaban sus altares por el suelo;
Pueblo que, renegando de su gloria,
Concitó contra sí la ira del cielo:
¡Ay de los que, cobardes, su creencia
Demostraron con llanto de impotencia!

La juventud se alzó con fé potente
Para lidiar contra la hueste impía,
Y el pueblo justo coronó su frente
Al ver que noble su mision cumplía;
Ella al peligro se lanzó valiente,
Y cuando combatir ya no podía,
Batió sus tiendas arrogante y fiera,
Sin abatir la Cruz de su bandera.

¿Quién español, cristiano y caballero,
No lidiará por la sagrada gloria
Que este siglo borrar pretende artero
Empañando los timbres de tu historia?
Con su mentida ciencia hinchado y fiero,
Menspreeja la ilustre ejecutoria
Que en siete siglos conquistóse al moro,
De patriotismo y de piedad tesoro.

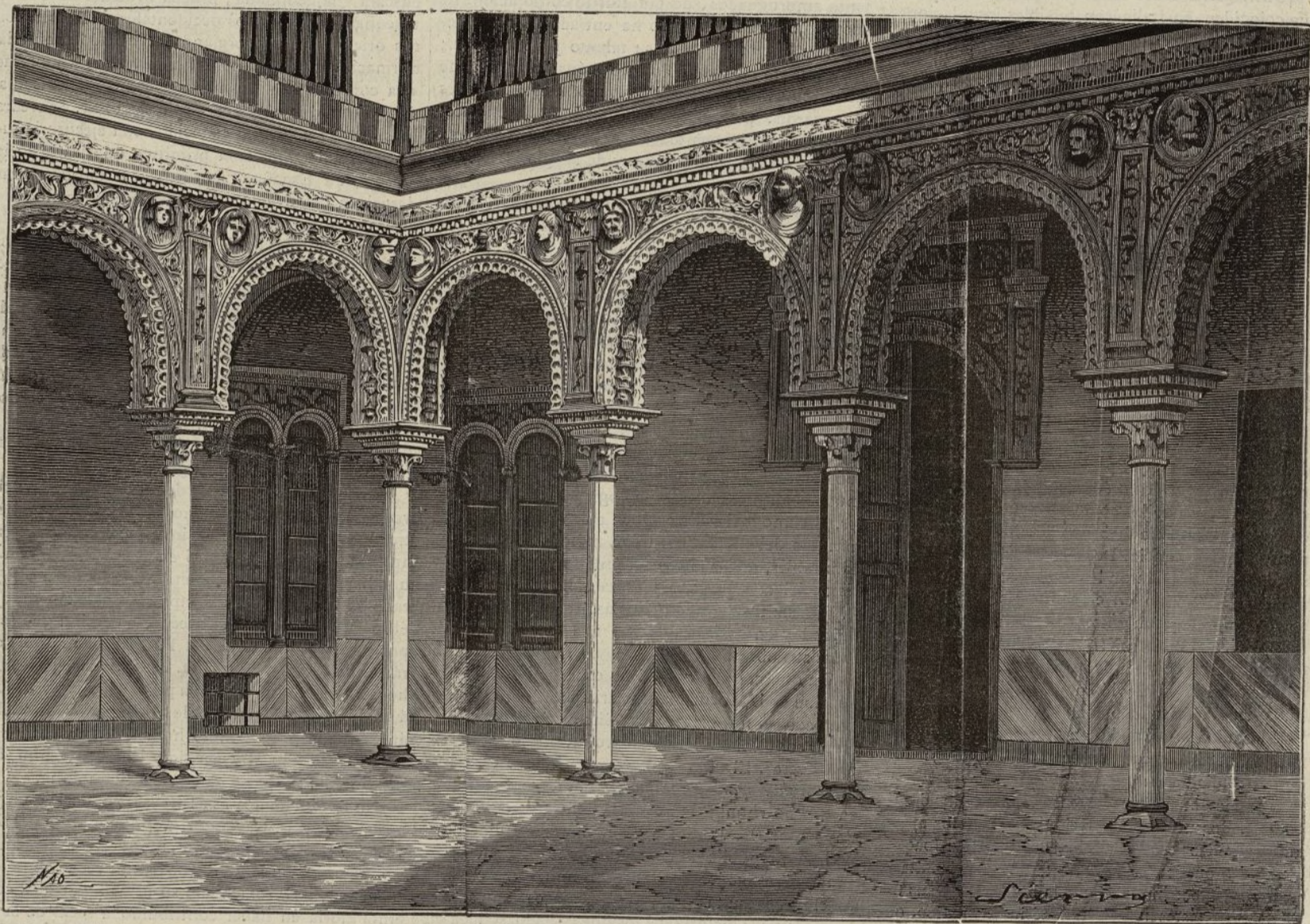
La epopeya gigante que escribieron
Con noble aliento en el combate rayo,
Los que la huella con valor siguieron
Del generoso cántabro Pelayo;
Que Alfonsos y Ramiros prosiguieron

En Castilla, y Don Jaime en el Moncayo,
Y glorias que en las tierras conquistadas
Con muestras de piedad dejan grabadas.

Que por doquier la piedra, el mármol duro,
Hablan, mudos testigos del pasado,
Ya del tercer Fernando el altar puro,
Ya de Guzman el fuerte torreado,
Ya de Loyola el gigantesco muro,
Del templo por los Austrias levantado;
Ya ostentan su Escorial, sus catedrales,
De su grandeza y de su fé señales.

De Covadonga á la oriental Granada
Un templo nos marcó cada proeza;
Cada escudo, las glorias de una espada,
O de un corazón noble la fiereza;
Cada frontera al moro arrebatada,
Coronóse de altiva fortaleza;
Y alzaron muros por la fé velados,
Muros por nuestra gloria iluminados.

Entonces fué cuando encontrando el mundo



PATIO DEL PALACIO DE LOS VISIRES ARABES EN SEVILLA.

Estrecho á las empresas españolas,
Con noble afán y aliento sin segundo
Otro mundo buscaron tras las olas;
Entonces desde el bátratro profundo
Con espanto Luzbel vió triunfar solas
En el llano, en el mar y en la montaña,
Con la Cruz las banderas de la España.

Y aquea Cruz que conquistó laureles
En Clavijo y las Navas, y á millares
Con Fernando, terror de los infieles;
Lanzóles á sus rústicos aduares
Con Isabela y sus soldados fieles
De la Alhambra al ornar los alminares;

A aquea Cruz triunfar vió con espanto
En las sangrientas aguas de Lepanto.

Gloríate ¡oh patria! de esos infanzones,
De los que asombro al mundo es cada hazaña;
Aliento dió la fé á sus corazones,
Esa fé que entibióse en nuestra España;
Esa fé que al progreso no se opone,
Que le precede aún más que le acompaña,
Que grita libertad, y en justas leyes,
Iguala á los mendigos con los reyes.

Religion sacrosanta que á sus pechos
La civilizacion amamantaba;

Que al predicar á Europa los derechos
Hiciste reina de la vil esclava:
¿Quién te dijese que en sus torpes hechos
De tu esplendor y gloria renegaba,
Y al verse prostituta y vil ramera
De su madre y su origen maldijera?

De ilustracion al grito, por el suelo
Cayeron torres y sigrados muros,
Dó la campana, con la voz del cielo,
Lanzaba al aire sus acentos puros;
De consagradas vírgenes el velo
Rasgar osaron, cínicos é impuros,

Aquellos que salvajes profanaron
Lo que la fé y los tiempos respetaron!

Y en el templo que alzaron, con fé pía,
Los que al Dios de sus padres adoraban,
Blasfemar con asombro viste un día,
Mientras tus fieles hijos sollozaban
Y en las tumbas, que el eco estremecía,
Airados nuestros padres se indignaban,
Con más horror de verlos tolerados
Que de ver sus sepulcros profanados!

Si hoy no sentís, católicos, potente
Al huracan rugir que á nuestra España
Iba arrastrando en su infernal corriente;
Si ayer probásteis su iracunda saña
Y hoy no amenaza el rayo vuestra frente,
No abandonéis por ello la campaña,
Que entre la calma dulce y apacible
Labra el volcan su cráter más horrible!

Y, ¡ay de aquellos que aduerme la osadía!
¡Ay del pueblo que embriaga la locura!
¡Presas serán en el tremendo día
De la terrible bacanal impura!

Sólo una enseña á la victoria guía,
Pueblo español, que el triunfo te asegura:
La santa Cruz, que con creciente brio
Iza en su mano el infalible Pio.

Marchad en pos; con el caduco anciano
Va el Dios que en el Siná potente truena;
La Cruz no ha de abatir, débil su mano,
Que de santo vigor su fé le llena!
¡Su fé infalible siga el buen cristiano,
Y condene con él lo que él condena!
Que no basta católicos llamarse,
Que es preciso ir con él para salvarse.

Con él, con ese justo venturoso
Que en la estrecha prision del Vaticano
Alzase contra el mal, más poderoso
Que el más fuerte y temido soberano;
Con él, que con aliento valeroso
Grita ante la pasion del siglo insano:
«Debo luchar, y lucharé sin miedo;
Yo transigir con el error no puedo.»

Con ese error que en su eternal combate
Los pendones del mal soberbio ondea;

Con ese error que en las entrañas late,
Ya de una sociedad, ya de una idea,
Para librar la barca de su embate
Pedro valiente su anatema emplea,
Condenando infalible el ateísmo
Y al ciego y seductor racionalismo.

Conservadle, católicos, á España
La fé que nuestros padres nos legaron
Y la memoria honrad de tanta hazaña,
De las que espúreos hijos renegaron;
Y pues los templos, con salvaje saña,
Del Dios de nuestros padres profanaron,
Démosle por altar los corazones,
Por incienso amorosas oraciones.

Y si al fin llega un pavoroso día
En que al error España triunfar vea
Y amenazante á la canalla impía
A los fulgores de incendiaria tea,
Que afrontando el terror y la anarquía,
A la España católica se vea
El glorioso estandarte tremolando
De Yago, Hermenegildo y San Fernando.



LAS VICTIMAS DE MR. FERRY.

Él vió triunfar la empresa de Pelayo
Tras siete siglos de lidiar fecundo;
Y á un mundo nuevo armipotente rayo
Redimió con esfuerzo sin segundo:
Valerosa la España, el *Dos de Mayo*
Se alzó con él para asombrar al mundo:
¡Mengua al que no lo siga en la pelea,
Quien borre de él la Cruz, maldito sea!

JOSÉ S. DE URBINA.

Sevilla, 1878.

EL CARDENAL PIE, OBISPO DE POITIERS.

Luis Francisco Eduardo Pie, Prelado francés, nació en Pontgouin, departamento de Eure-et-Loire, el 26 de Setiembre de 1815; fué nombrado Obispo de Poitiers por decreto de 23 de Mayo de 1849, y se ha distinguido por su celo en la defensa de los intereses temporales de la Santa Sede y por su entereza en

combatir la mayor parte de los gobiernos que se han sucedido en Francia desde su elevacion al Episcopado.

A esto se reducen, *plus minusve*, las noticias que sobre Monseñor Pie suministra cualquier Diccionario biográfico de celebridades contemporáneas.

El ilustre sucesor de San Hilario merece algo más que eso, y voy á intentar reproducir algunos rasgos de su fisonomía, que es de las más características en el Episcopado francés.

El Santo Padre escogido con particular amor por Monseñor Pie como modelo, San Gregorio Nazianceno, decía hablando de los grandes Obispos de su época:

«Por dulces y tratables que sean en el comercio de la vida, no soportan ni la idea de ser moderados ó fáciles cuando el silencio ó la complacencia pueden perjudicar á la causa de Dios: son ardientes en la lucha, impetuosos en el combate, y todo lo sacrificarían antes que omitir el más mínimo ó el más mundano, en la apariencia, de sus deberes.»

Por ese patrón está cortado Monseñor Pie.

Cuando dió su famosa instrucción sinodal (de que luego hablaré) sobre un libro de Víctor Cousin, lastimando á muchos católicos prudentes, entre ellos á los mismos que le habían propuesto para la mitra, anatematizaba á los que predicaban la paz á todo trance, diciéndoles: «No hay paz más que en la verdad absoluta.»

Tal ha sido su constante divisa en los 30 años que lleva de ministerio episcopal.

De aquí las persecuciones que le han agobiado, los insultos de que ha sido víctima y las calumnias de que ha sido objeto.

Acúsanle sus enemigos de ser político, y de empuñarse su augusto ministerio docente mezclándose en luchas terrenales, cuando él precisamente ha creído siempre que el magisterio episcopal no ha de reducirse al santuario, y que un Obispo tiene el deber de servir de guía á sus hijos espirituales en toda clase de asuntos en que estos le consulten.

Esta es la causa de que durante el Imperio interviniere en las luchas electorales para combatir á los candidatos dinásticos, excepto en las famosas elecciones de Mayo de 1869, en que se presentó por Poitiers, como bonapartista, Bourbeau, absteniéndose el Obispo porque el candidato opuesto era monsieur Thiers, que invocaba sus servicios al catolicismo, sus trabajos en pró de la libertad de enseñanza, su íntima union (accidental) con la escuela de Montalembert, y otros méritos de la misma especie.

Monseñor Pie no quiso contribuir al triunfo de una tendencia que él consideraba funesta para los intereses de la Iglesia, y su abstención fué saludada por los que solo ven lo superficial de las cosas como un primer paso en favor del Imperio.

Sin embargo, su hostilidad hacia éste no podía ser dudosa desde los ruidosos incidentes de 1861.

Con motivo de la cuestión romana, dió Monseñor Pie una pastoral famosa el 22 de Febrero de 1861, pastoral que fué deferida al Consejo de Estado el 27 del mismo mes, y declarada abusiva por aquel alto Cuerpo el 30 de Marzo del mismo año.

Íntil es decir que Monseñor Pie siguió teniendo más temor á Dios que al César, y á los pocos meses, en la fiesta de San Pedro, pronunció un sermón elocuente sobre la persecución sufrida por el Príncipe de los Apóstoles bajo Herodes tercero, sermón que motivó una correspondencia muy activa entre el Sr. Thouvenel, ministro de Estado, y el Marqués de Cadore, embajador de Francia en Roma, para que éste obtuviera del Cardenal Antonelli una fuerte reprimenda contra el Obispo, «cuya intemperancia (frases de la correspondencia diplomática) contrastaba con la moderación, buen sentido y prudencia de la Corte Pontificia.»

El Marqués de Cadore no arrancó al Cardenal Antonelli otra cosa que grandes muestras de asombro por la exigencia de Napoleón III, y contestó á su amo que la Corte Pontificia encontraba muy natural que en la fiesta de San Pedro un Obispo predicase sobre las persecuciones del Vicario de Cristo.

Ya antes de aquel incidente, hecho público posteriormente por indiscreción de un funcionario seglar, Monseñor Pie había atraído sobre su persona las iras cesáreas con motivo de su admirable oración fúnebre por las víctimas de Castelfidardo.

Este sermón, sus panegíricos de Juana de Arco y de San Luis, los sermones predicados por él en Blois, Versalles, Orleans y Chartres, siendo Vicario general de esta última diócesis, y sus instrucciones sinodales de 1854 y de 1855 sobre la filosofía contemporánea y sobre los principales errores de los tiempos modernos, quedarán, al decir de personas competentes, en la historia eclesiástica de Francia á la altura de lo más puro de Fenelon y de Bossuet.

En el Concilio, Monseñor Pie fué el campeón más entusiasta de todo el Episcopado francés por la infalibilidad Pontificia, y el más identificado en casi todas las cuestiones con los Obispos españoles.

Todas sus dotes eminentes están realizadas por una admirable humildad y una esquisita ternura.

Hijo de una viuda muy pobre, desde los ocho años de edad se vió protegido por el párroco de su pueblo, que á toda costa se empeñó en darle carrera eclesiástica.

Pero el párroco de Pontgouin, según refiere con gracejo natural un distinguido biógrafo de Monseñor Pie, tenía tan excelente intención como mala mano. Cinco muchachos había mandado al Seminario, y los cinco habían ahorcado la sotana.

La madre de Luis Eduardo vacilaba mucho, por lo mismo que era muy piadosa, en prestarse á que su hijo corriera el riesgo de ser el número seis en aquella galería; pero los ruegos del niño la decidieron.

Ingresó, en efecto, en el Seminario de Saint-Chéron, en Chartres, y sus progresos fueron tan rápidos, que casi estuvieron á punto de ser contraproducentes. Todos los premios eran para él; pero su salud se resintió tanto de su ardor en el estudio, que los maestros le obligaron á dejar la biblioteca por la huerta, imponiéndole la obligación de pasar la mayor parte del día al aire libre, dedicado á trabajos del campo.

«No te hagas cura; sería mucha lástima, porque tienes demasiado talento para eso,» decían al brillante escolar multitud de personas notables, testigos de su precocidad asombrosa.

El seminarista, por el contrario, pensaba que nunca tendría el talento necesario para ser ministro de Dios en la tierra.

Agraciado con un gran premio extraordinario, el Obispo le envió al Seminario de San Sulpicio, en París, á completar su educación, regresando á Chartres para ordenarse el sábado de la Trinidad de 1839.

Grande fué su confusión cuando apenas ordenado, Monseñor Clausel de Montals, Obispo de Chartres, le llamó para manifestarle que no había querido proveer la plaza de Vicario general de su diócesis porque se la reservaba.

El joven levita, aterrado, se echó á sus piés para suplicarle que apartase de él aquella carga, y Monseñor Clausel accedió á nombrarle solamente Vicario de la catedral, pero á condición de que su ascenso inmediato sería aquel otro alto puesto.

En efecto, vacante nuevamente el Vicariato general en 1844, le fué conferido, y de él salió cinco años más tarde, á los 33 de edad, para regir la diócesis de Poitiers.

Dícese que aun guarda la ciudad de Chartres el recuerdo de las lágrimas y los sollozos con que se despidió de la Santísima Virgen, Patrona de aquella catedral, á la que profesa y ha profesado siempre especialísima devoción.

Y aun sus familiares refieren que su madre, mujer piadosísima, le consideró consagrado á la Virgen desde su cuna, por una circunstancia especial ocurrida entonces: la de hallarse la ciudad invadida por los prusianos cuando nació, y haber sido preciso retrasar su bautizo hasta el primer domingo de Octubre, fiesta de Nuestra Señora del Rosario, como si la Excelsa Señora á quien debe la Cristiandad la gloria de Lepanto hubiera querido designar de alguna manera que aquel hijo suyo predilecto le pertenecía.

Tal es, muy á grandes rasgos, el resumen de lo que los hombres han escrito sobre el nuevo Cardenal Pie.

Pálido, muy pálido, sin duda alguna, al lado de lo que en el libro de su vida habrán escrito los ángeles del cielo.

F. M. MELGAR.

PALACIO DE LOS VISIRES ARABES EN SEVILLA.

I.

En lunes 22 de Diciembre del año de 1248, la bandera gloriosa de Castilla y Leon ondeaba en los muros del fuerte Alcázar Sevillano; precisamente sobre las almenas del gracioso torreón, que como santo recuerdo se conserva á través de los siglos y de las revoluciones, frontero del que fué convento de Santo Tomás en la plaza del mismo nombre.

Purificada la Mezquita Mayor por el Obispo

Don Gutierre, y consagrada al culto del verdadero Dios, dotóla el Santo Rey de Prelado, nombrando para tan alta dignidad á su propio hijo el Infante Don Felipe; y escogió entre los muchos religiosos que acompañaban á su huésped buen número de abades que compusieran el Coro y Cabildo Catedral. Presidialos el Abad Mayor (que no sabemos si fué el que despues quedó al frente de los Beneficiados, ó se convirtió en Dean), y á todos dió el Monarca repartimiento, señalándoles vivienda acomodada en las calles cercanas á la Iglesia Mayor, que desde entonces se llamaron de los Abades, Alta y Baja.

Entre los buenos edificios abandonados por los moros, en la primera de ellas estaba un palacio suntuoso con extensos jardines, que había sido morada del Gran Visir, según quieren los cronistas. Este se destinó para vivienda del Abad Mayor, y lo fué durante mucho tiempo de la persona que desempeñaba aquella dignidad. Impulsos me dan de referir á esta casa el suceso que refiere el analista Zúñiga en el año 1298, diciendo: «Cavábase para hacer cimientos á un edificio de Sevilla en la calle de Abades, y descubrieron (dice Argote de Molina en un manuscrito) unos notables subterráneos, largas y profundas cuevas de fortísima fábrica, en casa de un canónigo familiar del Arzobispo D. Sancho, que causaron notable admiración en la ciudad.» Como en esta de que nos ocupamos hubo comunicación á esos llamados subterráneos, no es violenta la hipótesis de suponer que el canónigo familiar del Obispo lo era el Abad Mayor, y en su casa tuvo lugar el descubrimiento.

Desempeñaba aquella dignidad más de un siglo despues de este suceso D. Fernando Gonzalez, cuando en 10 de Noviembre del año 1407 el Infante D. Fernando, el de Antequera, despues de haber devuelto al Santo Rey la espada que había tomado de su sepulcro para combatir á los moros, y besado el pié y la mano del cadáver, se fué á descansar de las penalidades de la campaña en aquel edificio, palacio en otro tiempo de los Visires mahometanos. No se sabe cuánto tiempo moró en ella aquel célebre personaje, pero el recuerdo no es para dejarlo en silencio, pues forma época en la historia de Sevilla, y en la de esta casa.

Para encontrar otro gran recuerdo, aunque de índole muy diferente, es necesario atravesar el espacio de un siglo muy cumplido. Agregada la espaciosa casa al mayorazgo de los Pinelos, familia ilustre descendiente de Génova, que se había establecido en Sevilla, y á la que pertenecía el patronato de la capilla del Pilar en la Santa Iglesia, donde tiene el escudo de sus armas, vivía en ella su poseedora Doña Teresa Pinelo, hija del mayorazgo Don Cristóbal, por los años 1533. Mantenía esta señora relaciones de amor con el ilustre Sr. D. Pedro Henriquez de Rivera, duque de Alcalá, siendo fruto de ellas un niño que recibió las aguas regeneradoras en el Sagrario de la Iglesia Catedral, y al que se puso por nombre Juan, expresándose en la partida sacramental que era *hijo de padres nobles*, para que no se dudara de su origen (1). Años adelante aquel niño, modelo de virtudes, señalado por su talento, ocupó la silla Episcopal de Badajoz, y luego la Arzobispal de Valencia; despues de su muerte llevó el título más envidiable con que hoy es conocido en todo el orbe católico, el de Beato Juan de Rivera.

El santo Pontífice Pio V, al conferirle el título de Patriarca de Antioquia en 1569, le apellidaba astro de España, raro ejemplo de virtudes, alababa su humildad y su desinterés, y decía: *Non solum exercet munus Episcopi sed etiam Parochi, ministrando sacramenta, et deferendo usque ad domos infirmorum, et agit potius vitam monasticam, quam Episcopalem.* El canónigo D. Pedro Pinelo, albacea del Sr. D. Jerónimo Pinelo, dignidad Maestrescuela que había sido, la vendió á la fábrica de la Santa Iglesia. Como propiedad del Cabildo la habitaba en el primer tercio de este siglo el canónigo Sr. Carasa; luego se establecieron allí las oficinas del Monte de Piedad, que duraron en ella muchos años, y trasladadas, la ocuparon diferentes personas, hasta que hace algun tiempo se ha establecido en ella un colegio donde la juventud sevillana encuentra educación digna de la época presente; formándose con preceptos y ejemplos, al propio tiempo que inteli-

(1) Se encuentra en el libro 2.º, folio 19.

gencias bien cultivadas, corazones que siguen el recto sendero en la virtud.

II.

Al penetrar en este edificio tan notable por su historia, no duda por un momento el curioso de que la fábrica de su planta baja se debe á los arquitectos árabes. Lo demuestra su hermoso patio, cuyos delicados arcos, aunque por sucesivas restauraciones conservan poco de su antigua finísima axaraca, tienen la traza de lo más puro de aquel estilo; y también los bellísimos agimeces de los aposentos que caen á los corredores, cuya estructura, aunque hoy esté cambiada, y falte el capitel y la basa á la elegante columnita que los divide, denuncia la primitiva construcción; pero más que todo esto lo dicen los preciosos artesonados que en los corredores mismos y en una de las habitaciones contiguas se conservan, con su gracioso entablillado, ingenioso dibujo, y cartones decorados de oro y vivos colores, en tan buen estado como cuando fueron concluidos por aquellos caprichosos artífices muchos años ántes de la conquista.

La planta baja es evidentemente árabe. Se conoce á primera vista, á pesar de las muchas variaciones que ha debido sufrir en el trascurso de seis siglos, y de haber desaparecido para formar nuevas habitaciones, ó repartirlos en las casas colindantes los extensos jardines que de esta debieron formar parte.

Lo que me atreveré á poner en duda, dejando la resolución á los más entendidos, es si en su tiempo árabe tuvo viviendas altas este palacio. Parece que los edificios de los mahometanos no estuvieron doblados en Sevilla, y que observando su manera de construir, se comprende que solo formaban habitaciones bajas, permitiéndose á lo más recargar un terrado sobre las mismas, al modo que hoy se encuentran todavía en las poblaciones interiores de Africa; terrado que á veces convertían en jardín, como lo estuvo el que pisaba sobre los corredores del patio llamado de las Doncellas en el Alcázar de D. Pedro.

En 1544 Pero Mejía se lamentaba en sus *Coloquios* de que la mayor parte de las casas de la ciudad eran bajas, lo cual le daba mal aspecto y humildad, y disculpaba la falta con la necesidad de ventilación por lo húmeda y calorosa que es la población.

A más de estas razones me inclina también á esa conjetura la observación, de que en el momento de empezar á subir la escalera, encuentro ya otro género de ornamentación que nos trae al siglo XVI.

En el descanso primero, á la mano derecha, hay una habitación de entresuelo que sorprende la vista con uno de los artesonados más bellos y de labor más delicada que pueden encontrarse entre todos los de Sevilla. Parece una rica alfombra dorada y tendida por inteligente artífice para recrear la vista.

Su forma es de cercha ó batea, de vistoso alfarje, con racimos en el centro; las paredes están desnudas hoy y cubiertas sólo de cal de Moron; pero ciertamente no lo estuvieron al tiempo de concluirse la obra del artesonado, que pintadas estarían al fresco, ó vestidas de rica y matizada tapicería, según el uso á que se destinara, y que por ahora no es fácil averiguar. El techo, que es lo único que se conserva, por sí solo basta para llamar la atención y hacer notable el aposento. Prosiguiendo la subida de la escalera, y próxima á la puerta que dá entrada á los corredores altos, es notable la reja de la ventana que hay á mano izquierda. Trabajo artístico de ferretería, en nuestro concepto del siglo XVI, cuyo dibujo y primores la hacen digna de especial atención.

JOSÉ MARÍA ASENSIO.

(Se concluirá.)

LOS GRABADOS.

El Cardenal Pie, Obispo de Poitiers, pág. 9.

(Véase el artículo del Sr. Melgar.)

Palacio de los Visires árabes en Sevilla, pág. 12.

Por primera vez, que sepamos, reproduce el buril este precioso monumento sevillano, recuerdo de la

dominación árabe en la espléndida reina del Bétis. Debemos este obsequio, así como el interesante artículo que á él se refiere, al distinguido literato de Sevilla D. José María Asensio, infatigable y generoso cultivador de los estudios artísticos y literarios. No será, por fortuna, la única vez que se honrará LA ILUSTRACION CATOLICA con los excelentes escritos de tan ilustrado amigo, al cual enviamos, con este motivo, la expresión de nuestra profunda gratitud.

(Véase el artículo del docto sevillano en la página 14.)

Las víctimas de Mr. Ferry, pág. 13.

Bastará que nuestros lectores echen la vista sobre este precioso cuadro de Mr. Vautier, para que comprendan la oportunidad con que lo reproducimos, y el título con que lo acompañamos. En los momentos en que se discuten en Versalles los proyectos impíos de Mr. Ferry contra la enseñanza de las comunidades religiosas, nos ha parecido conveniente reproducir la vista de la salida de los niños de la escuela cristiana dirigida por sacerdotes consagrados á la enseñanza.

Como las órdenes religiosas se complacen en conservar los antiguos edificios ennoblecidos por la piedad de los siglos y amenazados de ruina por la revolución, muchas escuelas francesas regidas por las comunidades dedicadas á la enseñanza, se albergan en antiguos conventos que han sobrevivido al vandalismo moderno.

De ello es un ejemplo la escuela que reproduce nuestro grabado, situada en una aldea de Francia.

Si Mr. Ferry logra convertir en ley su proyecto, las comunidades religiosas quedarán privadas de poder ejercer su apostolado; y estas fecundas escuelas, donde se guarda y se comunica á la juventud el espíritu cristiano de las antiguas universidades, quedarán desiertas ó convertidas en club del socialismo y de la demagogia.

Cuando los padres cristianos al caer la tarde se acercan á la escuela y vean desfilar bajo la carcomida ojiva la falange infantil, que alegre y regocijada se entrega, despreciando los rigores de la estación, á los infantiles juegos de su edad, ¡qué nubes de angustias pasarán por su mente, considerando que se acerca el día en que la hospitalaria escuela se cierre; y sus hijos, puros como ángeles, caerán tal vez en las manos de profesores impíos que corromperán sus corazones! ¡Quiera Dios librar á Francia de este nuevo infortunio, manteniendo en su seno el caritativo hogar de las escuelas cristianas!

Camino de hierro atmosférico, pág. 16.

Hace ya tiempo que se usa en Nueva-York este sistema de locomoción, que tiende á reemplazar á los ferro-carriles ordinarios en cortas distancias.

El túnel, de forma cilíndrica, lleva en su parte inferior dos railes, sobre los cuales marcha un vehículo ó vagon, que tiene casi el mismo diámetro que el círculo del túnel, en el cual va como embutido. Este vagon se mueve por la sola presión del aire, convenientemente dirigido por una máquina situada en el extremo del túnel.

Hemos dicho que este ferro-carril sólo sirve para cortas distancias; pero en Londres se están haciendo ensayos para aplicarlo á mayores líneas.

En París la administración de las líneas telegráficas ha hecho también el ensayo de una comunicación por medio del aire comprimido, entre las dos estaciones del Gran Hotel y la de la plaza de la Bolsa. Un tubo de 1,000 metros de largo, y de 0,65 de diámetro, es la vía dentro de la cual marcha un pistón portador de los despachos. La presión del aire que pone en marcha este pistón, proviene de la presión del agua de los vertederos de la ciudad. El pistón, impulsado en el tubo por la fuerza del aire comprimido, llega á su destino en 90 segundos, lo que dá un resultado medio de 12 metros por segundo. El aire comprimido produce, como decimos, la marcha, y la vuelta es efecto de la rarefacción del aire dentro del tubo.

Por lo que se ve, la invención está todavía en la lactancia; los adelantos continuos de la mecánica hacen esperar que pronto llegará á su completo desarrollo.

X.

CRISTINA.

NARRACION

POR RAMON SEGADE.

En cuanto á su moralidad, debemos hacer constar que nuestro objeto ha sido poner de relieve, una frente á la otra, la mujer creyente y la que no lo es, para que mejor resulte las diferencias y las ventajas que lleva siempre la primera á la segunda. Dicho esto, creemos prudente volver á ocultarnos detrás de bastidores, dejando en libertad á los personajes de esta pequeña y desaliñada narración.

Desde aquel día las excursiones por los campos, el río ó el bosque, eran cosa corriente y se sucedían sin interrupción: Fernando se sentía transformado en sus convicciones con las ideas profundamente religiosas que iba sembrando en su alma Cristina. Sus palabras, la dulzura con que naturalmente sabía revestirlas, y lo apacible y tierno de su carácter, le atraían y dominaban de una manera irresistible. Lo más de notar era que la imagen de Adela, que alguna vez cruzaba por su mente, sólo le servía de tormento: el recuerdo de aquel paseo por la ría le hería en lo más vivo de su alma. Para que se vea lo curado que estaba de aquel desvarío, de aquel desatinado y repentino afecto que le había asaltado por Adela en los primeros días que le hemos conocido, trasladaremos aquí un corto diálogo que pasó entre ellos en una ocasión en que se encontraron solos:

—Ahora estareis convencido, Fernando, de lo que vale Cristina?

—Y tanto, Adela, que más de una vez al verla, al oír la, al conocer la pureza y la sencillez de su amor, tentado estoy á confesarle mi pecado; porque, á la verdad, no me encuentro digno de su cariño, no purificando ántes mi alma de sus pasados errores: créedme, Adela, me acerco á ella con temor, y cuando mis labios le dicen el profundo amor que siento hacia ella, siento que mi rostro se cubre de rubor como el de un niño que miente por primera vez. Nada os diré del ascendiente que ejerce sobre mis pensamientos; desde que la vi me encuentro metido en otra vida que yo nunca había imaginado; mi excepcionalismo me va pareciendo hasta ridículo.

—Todavía no comprendéis todo cuanto vale; yo puedo deciros de mí, que á su lado he aprendido mucho, y sobre todo he modificado bastante la ligereza de mi carácter; estoy segura que á no ser ella haría mil locuras...

Cristina pasaba para todos los de la aldea por un ángel; los niños la seguían á donde ella iba. Ella repartía consuelos á todos cuantos veía desgraciados, y precisa era la intervención de D. Antonio para contener los impulsos de su caritativo corazón que no degenerase en prodigalidades ruinosas.

Son maravillosos los efectos de la bondad. Grande fué la influencia ejercida por Cristina en las costumbres de aquella aldea: dado el carácter duro y tenaz de sus moradores (paisanos los más), con la dulzura de sus palabras y el ejemplo de sus buenas obras, conseguía llevarles hasta donde quería: era tal el cariño y la veneración que le profesaban, que perdían sus malos hábitos, transigiendo sus efímeras y eternas querellas, cuando ella se lo rogaba, sólo por no disgustarla. Enemistades de muchos años había en la aldea que nadie había conseguido vencer ni apaciguar, pero que ella lo consiguió luego sin mucho esfuerzo.

De aquí que el mal no es muchas veces tan imposible de corregir como se cree ó imagina, y que el hombre no es tan difícil de llevar hacia el bien. Con el buen ejemplo se hacen hasta milagros. ¿Cómo resistir á las palabras de un corazón bondadoso que se sacrifica por el bien de los demás, sin procurarse interés alguno para sí? ¿Que no acrimina á nadie, que á todos socorre sin distinción? ¿Que paga con el bien el mal que se le hace, y que no encierra en su corazón odio ni mala voluntad? Comprendemos que es raro hallar un ser humano con estas condiciones, y que la Providencia no concede á todos tantas virtudes; pero comprendemos también, que si cuidáramos más de nuestra perfección, en lugar de ocuparnos de la de los demás, esto último lo conseguiríamos insensiblemente.

VI.

VIAJE IMPENSADO.

Los días iban pasando para Fernando y Cristina sin sentirlo, aumentándose su amor cada vez más, tanto que, como decían en la aldea, eran dos almas que habían nacido la una para la otra. Un pequeño acontecimiento vino á turbar esta dulce y tranquila vida que gozaban estos dos hasta allí afortunados amantes: fué el caso que en mala hora se le ocurrió á un *pica pleitos* (tan comun en el país donde pasan estos verídicos acontecimientos) demandar al padre de Fernando, no sabemos sobre qué fincas y propiedades, ó cosa así. Ocurrencia fatal; pues con el carácter de su padre, que era imperioso é irresistible, no hubo medio de oponerse á su voluntad, que declaró á su hijo, diciéndole que estando imposibilitado por sus achaques de ir á la ciudad á seguir el pleito, ó la demanda, y siendo ya poco menos que un abogado, pues sólo le faltaba entonces á Fernando un año para recibir el título de tal, nada más puesto en razon que emprendiese la marcha cuanto antes.

A pesar, pues, de todo cuanto dijo é inventó para á lo ménos dilatar un poco el viaje, fué en vano; y una mañana, no bien amanecido, caballero en una famosa yegua que era todas las delicias de su padre, y en compañía de un viejo criado medio confidente de éste, á quien no era fácil engañar aunque lo intentara, tomó nuestro héroe el camino del pueblo con harto dolor de su alma.

No queremos ahora pararnos á describir la tierna despedida que el día anterior tuvieron Cristina y Fernando; lo que sí diremos es, que al salir este de la aldea parábase más de una vez á dirigir miradas hácia el sitio que ocupaba la casa de Cristina, y conteniendo el paso de la fogosa yegua todo cuanto podía, sus ojos no los podía quitar de aquel punto, que al fin fué forzoso perder de vista al bajar el primer cerro que por aquella parte defendía al lugar de los impetuosos vientos del Sur que en el invierno le azotaban. Triste y cabizbajo seguía Fernando su camino como un general que acaba de perder una batalla: así debía ir Napoleon después del desastre sufrido en Waterloo, sólo que Napoleon pensaría en la corona que acababa de hacer rodar por el suelo la impasibilidad de un inglés, en sus glorias

marchitas en un sólo día, en sus ambiciones perdidas y en su buena estrella, que en aquel día le había vuelto las espaldas.

Fernando pensaba, pero ¿quién es capaz de decir en lo que pensaba? Cuando sus ojos atendían al sitio por donde iba, no veía más que á ella; su imagen se destacaba en medio de la campiña que le rodeaba por uno y otro lado, y cuando subía alguna cuesta, desde la cual se divisaba algun extenso horizonte, volvía su cabalgadura hácia el punto en el cual imaginaba podía estar su aldea; parábase entonces un momento á respirar la brisa que de allí venía, como creyendo oír y ver á Cristina.

Por el camino real no se veía á nadie; esta soledad ayudaba á que su imaginacion fabricase castillos en el aire, y sostuviese un soliloquio que poco más ó ménos se reducía á lo siguiente.

—Este asunto que me lleva á la ciudad, lo terminaré pronto y de cualquiera manera; en seguida volveré. ¡Cuánta felicidad me espera al lado de Cristina; ella será más que mi esposa, será el ángel de mi guarda! Gozaremos así unidos de la verdadera dicha de este mundo, que es amar y ser amado en Dios.—Más satisfecho con esta esperanza, continuó

Fernando á Cristina.

19 de Junio.

Hasta ahora no he conocido lo bien que te quería: á pesar de que el pleito de mi padre, que por mi desventura me ha traído aquí, es de más gravedad é importancia de lo que en un principio me había figurado; sin embargo de todo esto, yo no pienso en otra cosa más que en tí, yo no siento más que el verme separado de tí, yo no distingo á mi alrededor más que tu imagen. Por mis primeras cartas ya sabrás el trabajo que he pasado para acostumbrarme á esta vida, y el no echar todo á rodar y volverme á donde tú estás. ¡Dios mio, cuánto he sufrido en estos días! De un lado la triste realidad de la vida con todos sus contratiempos, amarguras y desengaños; del otro el recuerdo de tus encantos y de los momentos deliciosos que hemos pasado ahí en esa escondida aldea. ¿Por qué había de dejar yo tanta dicha?... Pero ando desalentado en busca de lo imposible; el mundo y sus deberes sagrados me estrechan á dejar las verdaderas aspiraciones del alma, por estas otras que llaman conveniencias sociales... Me acrimino á mí mismo, Cristina, por no tener un

alma superior que se sobreponga á todas esas conveniencias, que las subyugue y domine, y venciendo las, las olvide y las desprecie... No debí salir de tu lado, y sufriendo las iras de mi padre, no aceptar este enojoso encargo de ver delante de mí á todas horas esta insensible frialdad de los hombres de ley que tienen el corazón acorazado...

¡Ah! en medio de todo me compecede su triste destino que le obliga á no tener corazón... ¿Has visto tú nada más triste que esto?... Perdona, Cristina, que hable así... pero estoy como loco, como fuera de mí, y me hallo sin

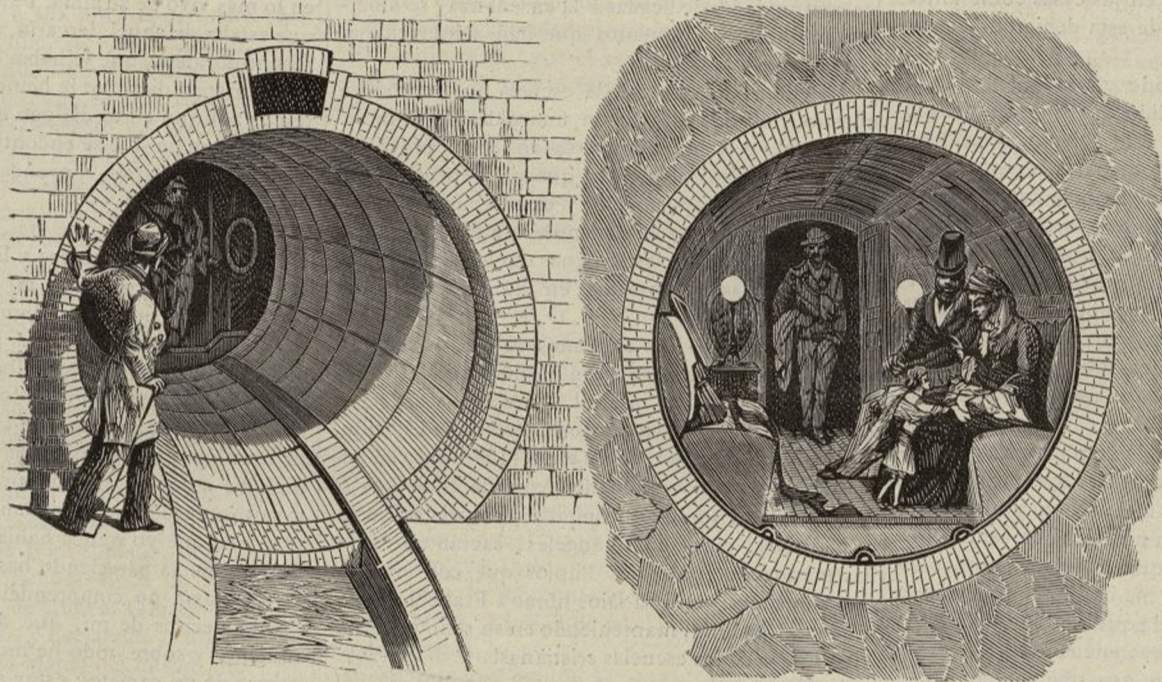
consuelo... Hay momentos en que me siento mal, y no sé si es por verme separado de tí, ó por el mal aspecto que tiene el negocio en que estoy comprometido... Escríbeme dos palabras nada más; ellas bastarán para calmar la agitación que me domina...

RAMON SEGADE.

(Se continuará.)

Solucion del jeroglífico del número anterior:
Lo inútil siempre es caro.

Madrid, 1879.—Imp. á cargo de D. B. M. Araque; Balmes, 3.



FERRO-CARRIL DE PRESION ATMOSFÉRICA EN NUEVA-YORK.

su camino entretenido con estos ensueños de amor que se repetían á cada instante, llegando á los dos días de viaje á la ciudad en donde tenía que dar cima al negocio que su padre le había encomendado.

Las dos cartas que á continuacion verá el lector, podrán darle idea de lo que pensaban los principales héroes de esta historia; no son todas las que se escribieron uno al otro estos apasionados amantes, sino aquellas que más hacen al caso.

SECCION DE ANUNCIOS.

LIBRERIA CATOLICA DE SAN JOSE.

Obras publicadas.

TRATADO DEL ESPÍRITU SANTO: 24 reales en rústica, y en pasta 32 rs. en Madrid y 34 en provincias.

JESUITAS! por M. Paul Feval: 6 reales en rústica, y 8 en Madrid y 9 en provincias encuadernado en tela.

EXAMEN CRÍTICO DE LA HISTORIA de los conflictos entre la religion y la ciencia, de Guillermo Drapper, por el Padre Cornoldi: 4 reales en toda España, y 6 reales en Madrid y 7 en provincias en tela.

LA IGLESIA Y EL ESTADO, por el Padre Mateo Liberatore: 12 reales en rústica, y en pasta 16 reales en Madrid y 17 en provincias.

LEON XIII Y LA SITUACION DEL Pontificado, por el doctor D. Urbano Ferreira, presbítero: un volumen en 8.º, con el re-

trato de Su Santidad en fotografía: 7 reales en toda España, y 9 reales en Madrid y 10 en provincias en tela.

VICTOR O ROMA EN LOS PRIMEROS tiempos del Cristianismo, novela histórica religiosa, por el Padre F. Gay: 7 reales en Madrid y 8 en provincias en tela.

CURSUS SCRIPTURÆ SACRÆ, seminario usui accommodatus, Opera Francisci Xaveri Schouppé, s. j.; editio prima. Acurante D. Joachin Torres, presbítero: 24 reales en rústica, y 28 en Madrid y 30 en provincias empastados los dos tomos en un solo volumen.

También se ha encargado la librería de San José de la propaganda y venta del *Almanaque católico y Guía eclesiástica*, que con tanta aceptación ha comenzado á publicarse este año; forma un volumen en 8.º, y se vende encuadernado en cartón á 6 reales en Madrid y 7 en provincias.

Todas estas obras se venden en Madrid en

el taller de encuadernar de la Librería de San José, situado en la calle de Gravina, núm. 14, tienda, esquina á la prolongacion de la calle de la Libertad, y en las librerías de Aguado, Olamendi, Tejado, Perdiguero y otras.

En provincias, en Ultramar y en el extranjero, en las casas de los correspondientes y en todas las librerías católicas.

Los pedidos se harán á D. Manuel Alonso y Zegri, Madrid.

AMAYA,

Ó LOS VASCOS EN EL SIGLO VIII.

Novela histórica

DE

D. F. NAVARRO VILLOSLADA.

Se ha publicado el primer tomo de esta obra notabilísima, y se vendé á 12 reales en la Librería de San José, Gravina, núm. 14.

MISERERE MEI DEUS.

Traducción en verso de este Salmo y noticias de versiones poéticas del mismo,

POR

D. FERNANDO DE LA VERA É ISLA.

Un tomo en 8.º francés. Se vende á 20 reales en las librerías de Olamendi, Aguado, Tejado, Guio, Lopez, Fé, Murrillo y Hurtado.

GRABADOS.

En la Administración de este periódico, Jesus del Valle, núm. 23 y 25, pral., se venden los publicados en el tomo I de LA ILUSTRACION CATOLICA.

Hay mucha variedad y se darán á precios arreglados. Horas de despacho: de diez á seis todos los días no festivos.